

sólo las capitales merecen una morada considerable. Me alegro mucho del buen recibimiento que te ha hecho la Señora Capello, y ya estaba yo seguro de antemano, del que te haría su marido. Te ruego que presentes á ambos las seguridades de mi respeto, atestiguándoles lo agradecido que estoy al recibimiento que te han hecho. Su casa será para ti de gran recurso en Roma, y te aconsejo que hagas cuanto puedas para que se te considere *como de casa*; pero te prevengo que madama requiere grandes atenciones. Madama Micheli ha escrito muy favorablemente de ti, á mi amigo el abate Grossa-Testa, en una carta que me mostró, y que contiene cosas tan afables para mí, que desearía manifestarle cuán obligado le estoy. Es de mi completa aprobación el repartimiento de tu tiempo en Venecia; te ruego que continúes así, durante un año, en cualquiera lugar que habitares, y hallarás tu propia conveniencia.

Me gusta tu última carta, porque me habla mucho de ti y de tus propias transacciones. Aunque no te recomiendo que hables de ti mismo con los otros, deseo que lo hagas conmigo y sólo conmigo. Yo me intereso en todo lo que haces, y hasta ahora, excepto M. Harte, no hay otro que se halle en este caso; de consiguiente, él debe saberlo todo y yo deseo conocer una gran parte.

Son tantas las cartas mías que se han extraviado sin que sepa yo cuáles sean, que me veo obligado á repetir muchas veces las mismas cosas. Entre otras, he escrito dos ocasiones á M. Harte para que mandase sacar tu retrato en miniatura durante tu morada en Venecia, y me lo enviase dentro de una carta. Para mí importa poco que sea en esmalte ó al temple, con tal que se parezca mucho á ti. Desearía que fueses retratado tal como eres, y no con vestidos de fantasía; é insisto más sobre la semejanza del retrato que sobre la habilidad del pintor. Si esta pieza no estuviere ya hecha, deseo que se ponga en obra inmediatamente, antes de tu partida de Venecia; y concluída que fuere la encerrarás en una carta, que para mayor seguridad puedes pedir á Sir James Gray la incluya en su paquete para el ministerio, como yo, por la misma razón, envió la presente bajo su cubierta. Si se hace el retrato sobre vitela será más portátil. Envíame al mismo tiempo un hilo de seda que mida exactamente tu estatura. Estoy de lo más cuidadoso por tu figura, porque me hallo convencido por mil ejemplos, que el tenerla buena es una ventaja real (a). *Mens*

(a) Mr. Suard en su obra titulada *Varietates literarias* dice: « C'est

sana y corpore sano, es la primera y mayor de las dichas, *et pulchro* agregaría yo para complemento (a). Ojalá la poseas con muchas otras. Á Dios.

LONDRES, 9 de Octubre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Si la presente llega á tus manos, te encontrará en Venecia, ocupado en tus preparativos de viaje á Roma, que en mi última te aconsejé hicieses costeadando el Adriático y pasando por Rimini, Loreto, Ancona, etc., ciudades dignas de ser vistas, pero no de detenerse en ellas. Bajo igual título cuento todos aquellos lugares en que sólo los ojos encuentran ocupación. Los restos de la antigüedad, los edificios públicos, las pinturas, las esculturas, etc., merecen verse con cierto grado de atención, pero como son objetos exteriores se examinan en corto tiempo. No sucede lo mismo con otros objetos de mayor importancia, cuyo interior merece un examen más profundo y cuidadoso. Quisiera yo que poseyeses perfectamente el conocimiento de los caracteres, de los genios y de las pasiones de los hombres, cuya utilísima ciencia se aprende mejor en las capitales que en ningún otro lugar, porque allí cada pasión tiene su objeto, y ejercita toda su fuerza en el arte de conseguirlo. Creo que no hay en el mundo un lugar en donde las pasiones se hallen más ocupadas, se revistan de más formas y sean conducidas con más arte, que en Roma. Así pues, cuando estuvieres allí, no te imagines que el Capitolio, el Vaticano y el Panteón, son los objetos principales de tu curiosidad, sino que, por cada minuto que les dediques, emplees diez días en infor-

un grand bienfait de la nature que d'en avoir reçu une de ces physiologies, de ces figures heureuses qui vont droit et rapidement au cœur, qui inspirent d'un coup d'œil la confiance et l'amitié, comme la beauté inspire l'amour, et qui dispensent l'honnête homme de passer par cette longue route de l'estime pour obtenir l'intérêt que méritent des qualités aimables et solides, etc. »

(a) Un coplista español dijo:

La hermosura ha sido siempre
Grande recomendación,
Para lograr en el mundo
El afecto y el favor.

Tr.

marte de la naturaleza del gobierno, los progresos y la decadencia del poder papal, la política de aquella corte, *les brigues* de los cardenales, las arterías de los conclaves, y en general, de todo lo que se refiere al interior de aquel extraordinario gobierno, fundado en su origen sobre la ignorancia y la superstición; extendido por la debilidad de algunos príncipes y la ambición de otros, declinando en estos tiempos modernos, en proporción al aumento de las luces, y debiendo su precaria seguridad actual, no á la religión, al afecto ni al temor de las potencias temporales, sino á los celos que entre éstas existen. Las excomuniones del papa ya no son temidas; sus indulgencias se solicitan poco y se venden muy baratas; su patrimonio no es formidable á ninguna potencia, pero es codiciado de muchas, y no será extraño que, á la vuelta de un siglo, cuando los príncipes que tienen actualmente un pie en Italia se hubieren puesto de acuerdo, dividan entre sí la presa. Te pido que te instruyas á fondo de la historia de los papas, que se halla ligada, por espacio de varios siglos, con la de toda la Europa. Consulta los mejores autores que han tratado estas materias, y sobre todo á *Fra Paolo de beneficiis* cuyo libro es muy corto, pero muy substancial é instructivo. Hallarás en Roma todas las órdenes religiosas del mundo cristiano. Infórmate cuidadosamente de su origen, de sus fundadores, de sus reglas, de sus reformas, y aun de sus trajes ó hábitos. Trata de hacer conocimiento con algunos de sus miembros, principalmente los jesuitas, cuya sociedad considero yo como la más capaz y mejor gobernada en el mundo. Entra en relación, si puedes, con su general, que siempre reside en Roma, y que, sin ningún poder aparente fuera de la sociedad, tiene quizá más real influencia en todo el mundo, que ningún príncipe temporal sea el que fuere. Los jesuitas se han apoderado casi exclusivamente de la educación de la juventud; son por lo regular confesores de la mayor parte de los príncipes de Europa, y también los principales misioneros en las otras partes del mundo, cuyas tres funciones les dan el influjo más extenso y las ventajas más sólidas; dígalos si no, su establecimiento en el Paraguay. Todos los católicos claman contra esta sociedad y se dejan sin embargo, gobernar por sus miembros, que han sido desterrados alternativamente y con infamia de casi todos los países europeos, y han encontrado siempre medios para reinstalarse, y aun para ser admitidos en triunfo. En una palabra, yo no sé que haya en el mundo un gobierno conducido por principios de política más

profundos, sin que pueda yo agregar de moralidad. Conversa con ellos, frecuente su compañía, pero conócelos.

Infórmate también, de aquel diabólico tribunal llamado inquisición (a), que aunque menos considerable en Roma que en España y Portugal, podrá, sin embargo, enseñarte lo que puede inventar la maldad de algunos hombres, y sufrir la imbecilidad de otros, como también lo que todos juntos pueden establecer, á despecho de los principios más claros de la razón natural, de la justicia y de la equidad.

Estos son los objetos que más deben ocupar la atención de todo viajero de juicio; yo no he tenido otros en mira al hacerte viajar, y espero que volverás á tu patria conociéndolos á fondo. Á Dios.

LONDRES, 17 de Octubre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Recibí al cabo la carta de M. Harte, escrita en Verona el 19 de Septiembre. Muy buenas fueron las razones que tuviste para dejar dicha ciudad; y habiendo permanecido en ella el tiempo suficiente para ver todo lo que valía la pena, Venecia, como capital, es, en mi opinión, un lugar de residencia mucho mejor.

Mis tres ó cuatro últimas cartas te habrán impuesto de mis instrucciones por lo que toca á otra capital, en que me propongo hagas una morada considerable. Bien sé que el gasto lo será igualmente; pero éste, como ya te he dicho, pesa muy poco cuando tus adelantos y tu bienestar se hallan en la balanza. El gasto me importa un bledo cuando no tiene por objeto el vicio ó la locura, ó cuando M. Harte lo aprueba.

M. Harte me dice que piensa darte, por medio del *signor* Vicentini, una noción general de arquitectura militar y civil, de lo

(a) Maldito mil veces sea
Ese tribunal odioso,
Que siempre de sangre ansioso
Sólo suplicios desea;
Que pretendiendo vengar
Del cielo la causa santa,
La ofende, y al orbe espanta
Á fuerza de asesinar.

(ZARATE.)

Tr.

cual me alegro mucho, porque es materia frecuente en las conversaciones, y muy conveniente que tengas alguna idea de la primera, y un gusto bien formado de la segunda. No es difícil aprender en muy corto tiempo todo lo que de ambas necesitas conocer. Si lees con una persona entendida, menos de la tercera parte de la obra de arquitectura de Paladio, y en seguida, acompañado de esta misma persona, examinas los mejores edificios según estas reglas, conocerás las diversas proporciones de los diferentes órdenes; los varios diámetros de las columnas; sus intercolumnios; sus diversos usos etc. El orden corintio, conviene particularmente en edificios suntuosos, en que el ornato y la decoración entran como objeto principal. En el orden dórico se tiene en mira la fuerza; y el jónico participa de la fuerza del dórico, y de los ornatos del corintio. El orden compuesto y el toscano son más modernos, y fueron desconocidos á los griegos: el primero es muy ligero, y el segundo muy cargado. En poquísimos tiempo puedes conocer lo más esencial de la arquitectura civil, abandonando las partes más minuciosas y mecánicas á los arquitectos, á los albañiles, y á Lord Burlington, que en cierto modo se ha rebajado él mismo, por conocer todo esto excesivamente bien (a). Observa igual método en la arquitectura militar: comprende bien los términos; conoce las reglas generales y después míralas puestas en práctica con alguna persona inteligente. Examina con cuidado, en compañía de algún ingeniero ú oficial antiguo, las fortificaciones de bulto de alguna plaza; y adquirirás una idea más precisa de los bastiones, medias lunas, hornabeques, rebellines, explanadas etc., que la que podrían darte sobre el papel todos los maestros del mundo. Este es el grado de conocimiento que convendría sobre arquitectura militar y civil.

También querría yo que te formases el gusto en las artes liberales de pintura y escultura; pero sin descender á aquellas

(a) El autor tuvo un gusto exquisito en arquitectura, y su crítica sobre la irregularidad de los edificios de Londres, contribuyó mucho á reformarlos. Su biógrafo nos cuenta, que un general acudió á un noble inglés, célebre por su gusto en arquitectura (verisimilmente Lord Burlington mencionado en esta carta), suplicándole que dirigiese los trabajos de una casa que se proponía habitar. Terminada que fué, el general condujo á ella al autor, quien encontrándola muy incómoda y mal distribuida pero con una hermosa fachada, dijo al general: *Si la casa fuera mía, alquilaría la de enfrente para vivir en ella y disfrutar de la perspectiva.*

Tr.

minuciosidades en que se apoyan con tanta afectación nuestros *virtuosi* modernos. Observa atentamente las partes mayores; mira si la naturaleza se halla verdaderamente representada; si las pasiones se manifiestan en toda su expresión; si los caracteres son verídicos; y deja las partes pequeñas, con su monserga, á los necios y á los presumidos. Igualmente te aconsejaría que leyese la historia de los pintores y escultores. En Italia hay muchas, y puedes informarte de la que fuere más apreciada. Esta parte de la historia es muy interesante, bastante curiosa, y no del todo inútil. Todas estas cosas desearía yo que supieses hasta cierto punto; pero recuerda que ellas deben ser únicamente el pasatiempo, y no la ocupación de un hombre de talento.

Ya que el escribirme en alemán te roba mucho de un tiempo de que no querría yo desperdiciases un solo minuto, acepto tu propuesta, y me contento con una carta pequeña en alemán, cada quince días. Mi objeto era que no olvidases lo que tienes aprendido de este idioma, sino que por el contrario, el uso frecuente de hablarlo y escribirlo te lo hiciese más familiar. Con tal que cuides de esto, poco me importan los medios que adoptares; pero sí requiero que todos los días de tu vida hables alemán con este ó aquel, y escribas uno ó dos renglones diariamente para acostumar tu mano. Por ejemplo: ¿por qué no escribirías en esta lengua los cortos apuntes de tu *memorándum* y tus gastos particulares? Esto te procuraría otra ventaja más, y es, que en caso de extravío, pocos excepto tú, se impondrían de ellos.

Celebro mucho saber que te gustan las tertulias de Venecia hasta el punto de sacrificarles algunas cenas, que, sin embargo, se me asegura no te son tampoco indiferentes; claro es pues, que hay en estas reuniones alguien ó alguna cosa á que das la preferencia sobre tu paladar; y como yo sé que no hay en dichas sociedades más que buena compañía, me regocijo al ver que te gusten tanto las sociedades amables. Me figuro que te habrán ya formado, sea por efecto de tu propia reflexión, ó bien por el ridículo en que te habrán hecho caer tus *distracciones* y descuidos; de otro modo no irías allí más que á insultar á las gentes. Igualmente me imagino que deseas agrandar y ser bien recibido en todas partes, y que te presentas y conduces con finura y sin llaneza. Á Dios.

LONDRES, 24 de Octubre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Me alegro mucho que haya merecido tu aprobación mi carta de 12 de Septiembre, porque contenía el plan bajo el cual me he propuesto vivir siempre contigo. Te daré consejos serios como amigo que tiene alguna experiencia; conversaré alegremente en tu compañía como camarada, y pondré para siempre de lado la autoridad de padre, porque el ejercerla es inútil, puesto que si no tienes bastante juicio ni sentimientos para seguir mi aviso como un amigo, tu obediencia forzada á las órdenes de un padre sería infructuosa para ambos. Tácito al hablar de un ejército que obedecía con repugnancia á sus generales sólo por temor al castigo, dice que en efecto obedecían, *sed ut qui mal-lent jussa imperatorum interpretari, quam exequi* (a). Por lo que á mi toca, desecho tal obediencia.

Veo que te has imaginado no entender el italiano; pero puedo asegurarte que te acontece lo que al *bourgeois gentilhomme*, que hablaba prosa sin conocerlo; sabes este idioma más de lo que te parece, porque cualquiera que conoce el francés y el latín tan bien como tú, sabe á lo menos la mitad del italiano, y necesita muy poco del diccionario. En cuanto á los idiotismos, las desinencias y las delicadezas de esta lengua, son cosas que la conversación y un poco de cuidado te enseñarán muy pronto: te pido, pues, que hables italiano en la sociedad, mal ó bien, á diestro y siniestro, luego que tuvieres bastantes palabras para hacer preguntas ordinarias, ó bien para responder. Si sólo sabes decir *buon giorno*, dilo, en vez de buenos días, esto es, á italianos; las respuestas que te dieren te enseñarán palabras nuevas é insensiblemente harás progresos en esta lengua, que es muy fácil. Tienes mucha razón de no abandonar el alemán por el italiano, y de creer que te será más útil: ya lo experimentarás en el curso de los negocios; pero el italiano tiene también su utilidad, y es además, un adorno, porque en esta lengua hay autores muy elegantes y de mucho mérito. Es muy justa la razón que me das para no haber hallado los enjambres de alemanes que yo esperaba,

(a) Interpretando, más bien que obedeciendo, las órdenes de los emperadores.

y fácilmente concibo que los gastos de viaje deben subir á un número de *thalers*, *groschens* y *kreutzers*, capaz de hacer ir de espaldas á un alemán; no obstante hallarás varios en Roma, sea eclesiásticos, sea en la comitiva del ministro imperial y muchos más cuando fueres al Milanésado, entre los oficiales de la reina de Hungría. Además, tienes un criado Sajón, y espero que sólo le hablarás alemán.

M. Capello me ha escrito la carta más obsequiosa del mundo, y se expresa muy ventajosamente de ti, prometiendo que obtendrás su protección en Roma. Le he contestado. Me parece que tendrás entrada franca en su *palazzo* de Roma. Te aconsejo que lo veas con frecuencia; cierto es *qu'il ne paie pas beaucoup de sa figure*; pero tiene mucho juicio y un fondo muy regular de conocimientos, con gran experiencia en los negocios, habiendo sido ya embajador en Madrid, en Viena y en Londres. Estoy muy seguro de que te dará con gusto, acerca de esto, todos los informes que pudiere. Madama era hermosa, caprichosa y extravagante, hasta que las viruelas, disminuyendo su belleza, la medio curaron de sus caprichos; pero como probablemente no ha cambiado de sexo, cuento con que le quedó mucho de mujer para contribuir á tu formación. Es indudable que aun se considera bastante hermosa, y calificada para aquellas atenciones que siempre se pagan á la belleza; y su carácter es ciertamente bastante elevado para requerir respeto. Esta es la clase de mujeres que mejor pulen á un joven, dándole aquel hábito de deferencia, aquella flexibilidad, aquella blandura de maneras que le son tan útiles en el trato con los hombres y en el curso de los negocios.

Espérate á verme tocar con más ó menos frecuencia el punto importante de las maneras, de la destreza y de aquel indefinible *no sé qué*, que siempre agrada. Tengo motivos para creer que no te falta ninguna otra cosa; pero también los tengo para temer que te halles muy falto por este lado. Si así fuere te quedarás pobre en medio de la plenitud de conocimientos que hubieres atesorado. Á Dios.

LONDRES, 3 de Noviembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Desde el instante que viste la luz, mi objeto favorito fué y es, hacerte tan perfecto como puede tolerarlo la fragilidad de la

naturaleza humana. En solicitud de ello no he sentido penas ni gastos, bien convencido de que la educación, mucho más que la naturaleza, es causa de aquella grande diferencia que vemos en los caracteres de los hombres. Durante tu niñez me esmeré en habitar tu corazón á la virtud y al honor, antes que tu alma fuese capaz de conocer la belleza y utilidad de ambas excelencias. Estoy persuadido de que estos principios, que aprendiste entonces por rutina, como reglas de gramática, se hallan hoy fijos y confirmados por la razón, y á la verdad, son tan claros, que para comprenderlos y practicarlos sólo se requiere un grado de entendimiento muy mediocre. Lord Shaftersbury dice muy ingeniosamente, que querría ser virtuoso por su propia satisfacción aunque ninguno lo conociese, así como sería aseado aun cuando nadie lo mirase. Así, desde que tienes uso de razón, no te he escrito sobre estas materias que hablan mejor por sí mismas; y ahora pensaría tanto recomendarte seriamente que no te arrojeses en el lodo ó en el fuego, como suplicarte que evitases el deshonor y el vicio. Considero pues logradas completamente mis miras en este particular. Mi segundo objeto fué procurarte un saber sólido y útil; mi cuidado al principio, el de M. Harte después, y, quiero confesarlo en tu elogio, tu aplicación al fin, han excedido mis esperanzas; y tengo razones para creer que aun mis deseos se verán colmados. Así pues, todo lo que me resta que apetecer, inculcar, ordenar y exigir, son las buenas maneras, porque sin ellas todas tus otras prendas serán defectuosas, sin brillo y casi sin provecho. Desgraciadamente tengo sobradas razones para creer que te hallas muy atrasado en este particular; en consecuencia, el resto de mi carta, como muchas otras que la seguirán, versará sobre este punto.

Un amigo tuyo y mío, definiendo exactamente las buenas maneras, ha dicho que son: *el resultado de mucho buen sentido, de un poco de buen natural, y de cierto grado de abnegación de sí mismo por el bien de otros, y con la mira de obtener de ellos la misma indulgencia.* En tal supuesto, indisputable á mi entender, me asombra que haya hombres que teniendo, como creo tienes tú, buen sentido y buen natural, carezcan de buenas maneras en lo más esencial. Las formas de ellas varían según las personas, los lugares y las circunstancias, y sólo se adquieren por medio de la observación y de la experiencia; pero la substancia es y será en todas partes la misma. Las buenas maneras son, por lo que hace á las sociedades particulares, lo que las buenas

costumbres respecto de la sociedad general: su cimiento y su seguridad; y así como se decretan leyes para la observancia de las buenas costumbres, ó á lo menos para prevenir los malos efectos de las que no lo son, del mismo modo hay ciertas reglas de urbanidad, reconocidas por todo el mundo, que prescriben los buenos modales y condenan los malos; y aun creo realmente, que entre los crímenes y los castigos hay más proporción de la que aparecería á primera vista. El hombre perverso que se apodera del bien ajeno, es justamente ahorcado; y con la misma razón es excluido de la sociedad, con unánime consentimiento, el hombre que turba el reposo de la vida privada. Las deferencias, las atenciones y los sacrificios recíprocos de las pequeñas comodidades individuales, entran tan naturalmente en el acuerdo tácito de las gentes civilizadas, como la necesidad de protección y obediencia en los contratos de reyes y súbditos. Cualquiera que en ambos casos viola este pacto, pierde justamente todas las ventajas que de él emanan. Por lo que á mí toca, creo positivamente que después del placer interior de hacer una buena acción, no hay otro más grato que el de hacer una acción cortés; y el título que más ambicionaría yo, después del de Aristides, sería el de *bien criado*. Basta, pues, de buenas maneras en general, considerémoslas ahora en sus diferentes grados y calidades.

Pocas, muy raras, son las gentes que faltan al respeto debido á las personas de una superioridad muy reconocida, como testas coronadas, príncipes, hombres públicos en puestos eminentes, prelados etc. La manera de atestiguar este respeto, es la única que varía. El hombre de condición y de mundo lo manifiesta en toda su extensión, pero con naturalidad, facilidad y desembarazo; á la vez que un hombre que no está familiarizado con la buena compañía, atestigua su respeto de un modo torpe, deja ver claramente que se halla fuera de su elemento, y que su espíritu no está en su situación normal; pero en toda mi vida he visto al hombre más incivil del mundo, cometer groserías hasta el punto de recostarse, silbar, rascarse la cabeza ú otras indecencias de peor naturaleza, en compañías que le inspirasen respeto. Así pues, de lo que debe cuidarse en estas ocasiones, es de dar, como todo el mundo, pruebas de respeto, pero sin mortificación, sin embarazo y con gracia. Esto es lo que debe enseñarte la observación y la experiencia.

En las sociedades variadas, todo aquel que entra en su seno, es considerado, á lo menos por algún tiempo, bajo un pie igual

al de toda la compañía; por consiguiente, como no hay ningún objeto particular de reserva ó de respeto, cada uno puede dar á su carácter más latitud, y estar menos sobre sí, con tal de que sea dentro de ciertos límites que por ningún motivo deben traspasarse, porque aunque en estas circunstancias nadie tenga derecho á recibir pruebas de una consideración distinguida, cada uno pretende para sí, y con mucha razón, todas las señales de la buena crianza. El desahogo es permitido, pero el descuido y la negligencia son estrictamente vedados. Si alguno traba conversación contigo sobre asuntos necios ó frívolos, no sólo sería mala crianza sino brutalidad, darle á conocer, por tu falta de atención, que lo crees muy loco ó muy necio para ser escuchado. El yerro sería aún mayor respecto de las mujeres, que, sea cual fuere su clase, tienen derecho, en consideración á su sexo, no sólo á las atenciones, sino á una urbanidad oficiosa. Un hombre bien educado debe ser solícito cerca de ellas, lisonjearlas, prevenir y aun si es posible adivinar sus pequeñas necesidades, sus gustos, sus aversiones, sus preferencias, sus caprichos y hasta sus impertinencias. Nunca te apropiés aquellas comodidades y recreos de derecho común, como los mejores lugares, los mejores platos etc., por el contrario, rehúsalos siempre y ofrécelos á otros; quienes á su vez te los ofrecerán; de manera que, después de todo, disfrutarás á su debido tiempo la parte que te toca en el derecho común. Sería cuento de nunca acabar, si me pusiese yo á enumerar todos los casos particulares en que el hombre fino muestra su urbanidad; sería también agraviarte el suponer que tu propio buen sentido no te los indica; así pues, tu buena índole te los recomendará, y tu propio interés te estimulará á practicarlos.

Hay una tercera especie de comedimiento, contra el que se cometen faltas frecuentes, en la errónea creencia de que no es posible incurrir en ellas; quiero hablar por lo que hace á nuestros más íntimos amigos ó conocidos ó á aquellos que son realmente nuestros inferiores. Cierto es que en este caso no sólo es permitido un grado mayor de libertad, sino también que es más conveniente, y contribuye mucho á los placeres de la sociedad y de la vida privada; pero esta libertad tiene también sus límites que por ningún motivo deben traspasarse. El olvido de sí mismo llevado hasta cierto punto, se convierte en injuria, porque da á entender á las personas con quienes estamos, la inferioridad real ó supuesta en que las tenemos; y pronto desaparece aquella

grata libertad de conversación que debe reinar entre amigos, como ha desaparecido la libertad de los pueblos siempre que han querido llevarla hasta la licencia. Los ejemplos explican mejor las cosas y elijo uno muy poderoso. Supongámonos tú y yo solos en un mismo aposento; convendrás en que tengo derecho á estar con tanta libertad como la que tendríamos en cualquiera otra compañía; y aun creo que me concederías llevarla más allá de lo que permitirías á ningún otro. ¿Á pesar de esto, crees que no me consideraría yo obligado á poner límites á esta libertad. Te aseguro que estoy muy lejos de pensarlo así, y que me creo tan obligado á observar contigo cierto grado de comedimiento, como podría tenerlo, en grado diferente, con los demás. Si te manifestase yo por una total falta de atención á tus discursos, que mientras me hablas estoy pensando en otra cosa; si bostezase cada minuto; si roncase ó cometiese otras indecencias, creería haberme conducido contigo como una bestia, y no esperaría yo verte muy inclinado á frecuentar mi compañía. No: las relaciones, las conexiones y las amistades más estrechas, requieren cierto grado de buena crianza que les sirve de base y las hace duraderas. Si un hombre y una mujer que pasan los días y las noches juntos, pusiesen enteramente de lado toda especie de consideración y de delicadeza, su intimidad degeneraría muy pronto en familiaridad grosera que produciría infaliblemente el disgusto y el desprecio. El hombre más perfecto tiene sus flacos, y el que los deja ver es tan imprudente como descortés. Ciertamente que no andaré yo con ceremonias en tu compañía, las cuales serían muy fuera de orden; pero es seguro que observaré aquel grado de buena crianza que no sólo es decente, sino que, estoy segurísimo, es absolutamente necesario para que la compañía de ambos dure y nos sea grata. Por ahora ceso de hablar sobre este punto, que quizá he llevado más lejos de lo que permite una carta, pero no dejaré de refrescarlo con frecuencia en tu memoria. Concluyo con los axiomas siguientes:

Que la erudición más profunda sin las buenas maneras no es más de pedantismo desagradable y enfadoso, útil en el retiro, pero de poca ó ninguna utilidad en la sociedad.

Que un hombre que no se halla perfectamente educado, es inepto para la buena compañía y desagradable en ella; por consiguiente, la mirará pronto con aversión, y la abandonará después; finalmente, se verá reducido á la soledad, ó lo que es peor, á frecuentar las malas sociedades.